

Víctor Hugo

Los Miserables

Fragmento con Nadador ahogado...

Glosa de Cristina Tejada, versiculación de E.Sola

c_tejorla@hotmail.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 17/06/2020 y 24/11/2020
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Victor Hugo: Los Miserables.
Traducción de María Teresa Gallego Urrutia
Madrid, 2015, 2 vols., Alianza editorial



El secreto del éxito de *Los miserables*, adaptada al cine, la televisión, el musical y desde países como Japón, Rusia, Reino Unido, Turquía o Estados Unidos, no es, lógicamente, explicable únicamente por su trama. El preso 24601, Jean Valjean, pasa su vida redimiendo un delito menor que la condena y la cárcel convierten en reincidente. El abandono y la vindicta social están en la base del fragmento “El mar y la sombra” que a continuación presentamos, en el que el silencio, la soledad y muerte del condenado aparecen como alegoría en la imagen de un hombre caído al mar, olvidado por su barco y ahogado en la inmensidad del cielo y la noche.

Pero no es ésta la única metamorfosis que sufrirá el protagonista a lo largo de la novela, sino la catarsis que experimenta al conocer al obispo Myriel, hombre piadoso, abnegado y reflexivo en el que Hugo condensa lo mejor de su sentimiento religioso.

De este encuentro sale el Jean Valjean excelso, convertido en una especie de Antígona que decide desobedecer al Estado en pos de lo que considera justo, llevar una vida de sacrificio, ayuda y amor a los más desfavorecidos. Y entonces aparecerá su Némesis, Javert, el policía convencido, el garante del orden social y las leyes al que Valjean irá también transformando con el paso de los años.

No obstante, como se ha dicho tantas veces, *Los miserables* es una obra coral, donde, al margen de la historia principal, hacen vibrar la desdichada Fantine, el impertérrito Marius, la cándida Cosette, el malicioso Thénardier o su heroico hijo, Gavroche.

Es asimismo, como procede en una novela decimonónica, una obra de amor, pero, al igual que sucede con el resto de las grandes de este siglo, como *Guerra y paz* o *Historia de dos ciudades*, por sólo citar alguna, este tema se presenta más bien como un pretexto para la reflexión científica, filosófica, política y religiosa del autor.

Es ahí donde entran los grandes asuntos de fondo: el análisis militar, histórico y geográfico de la batalla de Waterloo, la visión economicista de la ingeniería del alcantarillado parisino (mención aparte merece la reflexión sobre el ahorro que las heces de la ciudad podría proporcionar al campo francés), la morriña del exiliado, que deja “las entrañas, la sangre y el corazón”¹ en los adoquines de su tierra natal, o su concepción de la Historia², una Historia social muy cercana a Annales y a las colectividades.

Recientemente leí con tristeza que, dentro de los efectos colaterales del movimiento Black Lives Matter, la moda de los revisionismos había alcanzado a la figura de Hugo, al hilo de un discurso que en 1879 hizo instando a las potencias occidentales a “civilizar” África. Su vida y su obra pueden estar plagada de chauvinismos, micromachismos y microrracismos, si se quiere, pero no es esa ni su vida ni su pensamiento. La filosofía que se desprende de *Los Miserables* es un canto, más aún que a la libertad, a la igualdad. En un siglo convulso, de progreso y de esperanza, Hugo situó la clave de ese progreso en la Ciencia, que conduciría a un gobierno de Libertad asentado sobre la Igualdad³.

Aparte de que el autor hace referencias directas en el libro al abolicionismo no sólo de la esclavitud, sino de la prostitución, de unas palabras del obispo Myriel se puede inferir la hondura del homenaje, defensa y reivindicación de los desheredados, los pobres y los marginados que es *Los miserables*. Miremos al fondo y no nos dejemos arrastrar por la falta de luz y el silencio que arrastró al ahogado. Demos más voz y aristas que aquella a Víctor Hugo:

¹ Víctor Hugo, *Los miserables* (Madrid: Alianza editorial, 2018): volumen I, página 492.

² *Ibíd.*, volumen II, página 178.

³ *Ibíd.*, volumen II, pp. 395-396.

Era indulgente con las mujeres y con los pobres, que cargan con el peso de la sociedad humana. Decía: «De las culpas de las mujeres, de los niños, de los criados, de los débiles y de los ignorantes tienen la culpa los maridos, los padres, los amos, los fuertes, los ricos y los sabios».

Decía también: «A los ignorantes, enseñadles todo cuando podáis; la sociedad es culpable por no dar instrucción gratuita; carga con la responsabilidad de la oscuridad que causa. Si hay un alma llena de sombra, allí ocurre el pecado. El culpable no es quien comete el pecado, sino el que causa la oscuridad»⁴.

Un capítulo de la novela de Victor Hugo de exaltado tono romántico, evoca la tragedia de un naufrago accidental al caerse de una nave sin que nadie se diera cuenta de ello, y lo compara con el preso en la cárcel, pozo sin fondo de la desdicha. Es la Parte 1, Libro segundo, capítulo 8. El mar y la sombra.

¡Hombre al agua!

¡Qué más da! El barco no se detiene.
El viento sopla, ese barco sombrío tiene un derrotero
al que no le queda más remedio que atenerse.

Pasa de largo.

El hombre desaparece, vuelve luego a aparecer, se sumerge
y regresa a la superficie, llama, tiende los brazos, no lo oyen;
el barco, vibrando en el huracán, no atiende sino a su maniobra;
los marineros y los pasajeros no ven ya siquiera al hombre hundido en el agua;
la pobre cabeza no es ya sino un punto entre la enormidad de las olas.

Lanza en las profundidades gritos desesperados. ¡Esa vela que se aleja
es un espectro terrible! La mira, la mira con frenesí. Se aleja, palidece, mengua.
Hace un momento él estaba allí, formaba parte de la tripulación,
iba y venía por el puente con los demás, le correspondía su ración de aire
para respirar y de sol, era un ser vivo. Ahora, ¿qué ha sucedido?
Resbaló, cayó, y ya está.

Se halla en el agua monstruosa. Sólo tiene ya bajo los pies algo
que huye y se desploma. Las olas, que el viento rasga y hace jirones,
lo rodean horrorosamente; los cabeceos del abismo lo arrastran;
todos los harapos del agua se mueven en torno a su cabeza;
un populacho de olas le escupe; confusas cavidades se lo tragan a medias;
cada vez que se hunde, vislumbra precipicios repletos de noche;

⁴ Ibíd., volumen I, pp. 27-28.

espantosas vegetaciones desconocidas lo aferran, le anudan los pies,
tiran de él; nota que se vuelve abismo; forma parte de la espuma; las oleadas
se lo lanzan, de una a otra; bebe amargura; el océano se obstina en ahogarlo;
la enfermedad juega con su agonía.
Es como si toda esa agua fuera odio.

No obstante lucha.

Intenta defenderse, intenta mantenerse a flote, se esfuerza, nada.

Él, esa pobre fuerza que se agota enseguida, combate contra lo inagotable.

¿Dónde estará el barco? Allá lejos.
Casi no se lo ve entre las pálidas tinieblas del horizonte.

Soplan las ráfagas; todas las espumas lo agobian. Alza los ojos y no ve
sino las livideces de las nubes. Presencia, agonizante, la gigantesca
demencia del mar. Esa locura es un suplicio. Oye ruidos ajenos al hombre
que parecen venir de más allá de la tierra y no se sabe de qué exterior espantoso.

Hay aves en las nubes, de la misma forma que hay ángeles por encima
de los desvalimientos humanos, pero ¿qué podrían hacer por él?
Vuelan, cantan y planean; y él suelta un estertor.

Siente que lo sepultan a la vez esos dos infinitos, el océano y el cielo;
uno es tumba y el otro es sudario.

Cae la noche, lleva horas nadando, ya no le quedan fuerzas;
aquel barco, aquel objeto lejano en el que había hombres, se ha esfumado,
está solo en el formidable abismo crepuscular, se hunde, se resiste, se retuerce,
nota por debajo de él los inconcretos monstruos de lo invisible; llama.

Ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios?

Llama. ¡Que conteste alguien! ¡Alguien! Sigue llamando.

Nada en el horizonte. Nada en el cielo.

Implora a la extensión, a las olas, a las algas, al arrecife, están sordos.
Suplica a la tempestad; la tempestad, imperturbable, sólo obedece al infinito.

En torno, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso e inconsciente,
los pliegues infinitos de las aguas hoscas. En él, el espanto y el cansancio.
Bajo él, la caída. No hay punto de apoyo. Piensa en las aventuras tenebrosas
del cadáver en la sombra ilimitada. El frío sin fondo lo paraliza.
Se le crispan las manos, y se cierran y se aferran la nada.
¡Vientos, nubes, torbellinos, ráfagas, estrellas inútiles! ¿Qué hacer?
El desesperado cede; quien está cansado toma la decisión de morir;
deja que suceda lo que sea, se deja ir, rinde las armas; y cae para siempre

en las profundidades lúgubres del que se ahoga.

¡Ay, caminar implacable de las sociedades humanas!
¡Con hombres y almas quedándose por el camino!
¡Océano donde cae todo cuando deja caer la ley!
¡Desaparición siniestra del socorro! ¡Ay, muerte moral!

El mar es inexorable noche social
a la que arrojan los penales a sus condenados.
El mar es la miseria inmensa.

El alma, cayendo a pique en ese abismo, puede convertirse en un cadáver.
¿Quién la resucitará?

